

## *Sobrevivir al texto que viene (aproximación sin clausura a L'arrêt de mort de Blanchot)*

---

Carlos Segovia  
segovialibros@hotmail.es

*“Aunque perderse es necesario; y aquel que resiste sucumbe, y aquel que huye, se convierte en la oscuridad misma (...) Hace falta mucha paciencia para que, desde las profundidades más horribles, el pensamiento surja poco a poco, nos reconozca y nos contemple.”*

*La sentencia de muerte*  
Maurice Blanchot

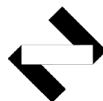
**L**eo lo escrito como si lo escrito no fuese aquello que está por escribir, como si yo mismo hubiese escrito lo que leo. En esta lectura que escribe me dejo contaminar, - con gusto y sin echar mano de ningún analgésico-, por todo aquello que viene a cuento introducir en esta *escritura en marcha*.

Nos encontramos ante un relato de Blanchot. Nos encontramos ante un “relato” de Blanchot. Esta segunda frase no es una repetición de la primera. Las comillas le otorgan una doblez sin definir, una prevención contra el uso de la palabra que entrecomillan. Como si para definir el texto ante el que nos colocamos no hallásemos mejor definición que una palabra oculta tras su disfraz. Como si no hubiese camino directo para llegar al texto, sino un camino oblicuo y retorcido como el sendero de un bosque sin civilizar. Como si en lugar de surco, del surco marcado en la tierra por el paso continuo del arado, nos viésemos obligados a recurrir al delirio, al caminar fuera del surco, a trazar nuestro propia senda a medida que la caminamos. Como si el texto nos obligase a desquiciar toda teoría previa, toda precomprensión maquinal.

No obstante, relato, ensayo, poema, novela, crítica; nos encontramos ante un texto. Así que, como la intención es ir hacia lo más básico, retroceder hasta que no se pueda dar un paso más allá de ese atrás, nos preguntaremos;

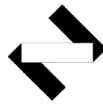
### **¿Qué es un texto?**

La misma pregunta se la hizo ya entre otros **Ricoeur** <sup>(1)</sup>. Escuchemos: *llamamos texto a todo discurso fijado por la escritura*. Después de lo cual, pregunta, *pero qué se fija*. Y se responde lo que ya había respondido: *todo discurso*. Con lo cual, sospechamos que hay algo que la palabra *discurso* encierra que se va a pretender dilucidar. Antes de seguir camino con Ricoeur detengámonos un instante y dejémosle marchar. Ya le alcanzaremos. Vamos a decir algo aún más evidente. Qué es el texto: aquello que se lee. O mejor, todo aquello que se lee es texto. Un texto es lo que se lee; y lo



que se lee, es texto. Queda claro. Más. Todo lo comunicable, lo entendible, lo decible, pasa por la lectura de un texto. Aunque no todo texto sea en principio comunicable o entendible o transitivo. Ahora. La materialidad del texto y con qué se inscribe el texto, no pasa por supuesto únicamente por el lenguaje y los soportes convencionales, léase pergamino, tablilla, madera de boj, papel, libro, pantalla lcd, o lo que se quiera. El texto es lenguaje, pero no todo lenguaje se conforma de palabras. No necesito que la señal de STOP tenga escrito un “frena y observa si no pasa algún vehículo” para entender que debo frenar y observar si no pasa algún vehículo por la carretera que quiero tomar. La trampa. Está claro, los signos abrevian el lenguaje, pero el lenguaje se ha aprendido en relación con el signo. En el manual de conducir se me ha enseñado a relacionar el signo o la señal con esa frase, con su texto. Así, aunque no todo lenguaje sea un lenguaje elaborado con palabras, cualquier texto transitivo será un texto de palabras. Resumen. Un paisaje, una escultura, un desnudo, una batalla, un encuentro, un fin de semana, el año pasado; todo puede ser leído, todo puede ser considerado texto, pero el mero hecho de que sea leído o incorporado a nuestra biografía narrativa, lo transforma en lenguaje. Tenemos acceso a lo real a través del lenguaje. O mejor, tenemos acceso comunicable, al otro, a nosotros mismos, a través del lenguaje. Por eso, como decía Lacan, aunque no lo dijese por eso, lo Real es imposible. Aquí, por tanto, cuando hablemos de texto, nos referiremos al texto elaborado con palabras, en cuanto a las palabras no pondremos ninguna restricción, con tal que sean palabras. Aunque admitimos que una partitura es también un texto, y que la vida puede ser leída como un texto, y que los movimientos coreográficos de una danza pueden ser un texto, etc. Aquí, un texto, será un texto con palabras, las que sean.

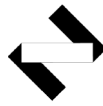
Ahora pensemos en que al pensar en texto solemos atribuirle un soporte material. Ese *discurso fijado en el texto*, es fijado en algún lugar concreto. En una piedra, o en la arena de la playa, o en la pantalla del ordenador, o en una hoja. Vayamos un instante al final de la novela de Ray Bradbury *Fahrenheit 451*, aquella en la que los bomberos en lugar de apagar incendios los provocan, aquella que remite a una sociedad en la que se prohíben los libros. Hacia el final de la novela, ya en el campo de los insurrectos, observamos que para mantener los libros con vida, a pesar de que todo libro que encuentran los bomberos se quema en la pira ardiente de esa nueva inquisición, los que se rebelan, los aún envenenados por los libros, tragan sus textos, los memorizan. En el campo de los insurrectos, aquellos que han memorizado *El Quijote* o *Guerra y paz* o *La montaña mágica*, por poner tres ejemplos, recitan los textos de memoria, para salvarlos del olvido. Claro que llegados a este punto, uno se pregunta si no hubiese sido más práctico que los devoradores de textos se hiciesen con algo de papel y volviesen a escribir los textos para liberar su memoria. Pero la cuestión es la siguiente: ese texto memorizado, aceptando la hipótesis de que un texto como *Guerra y paz* pudiera memorizarse palabra por palabra, al decirse en voz alta, sin soporte alguno, ¿sigue siendo un texto? Por supuesto, entran más problemas en juego, porque, qué se ha memorizado, ¿el texto original?, ¿alguna traducción? ¿*Guerra y paz* traducido al castellano sigue siendo *Guerra y paz* de Tolstoi? Aún más, imaginemos que se pierde el original en ruso, todos los originales, y retraducimos del castellano al ruso, ¿sigue siendo *Guerra y paz*? ¿Estamos ante  $a = a$ ?, ¿o ante  $a = a'$ ? Lo único importante es que vamos a mantener aquí que aún sin soporte material, sin fijación escrita, un texto dicho o hablado palabra a palabra, memorizado, sigue siendo un texto, aunque quizá no *ése* texto. Sigue siendo un texto porque ha nacido de la escritura, y no de la tradición oral; por lo tanto, hay algo en su estructura como texto que lo mantiene en pie como tal. Y no es *ese* texto porque el texto, o al menos el texto del que aquí hablamos, que era como hemos dicho, un texto a base de palabras, también es un texto cuyas palabras deben ser oídas por el oído interno, en el vacío de cráneo de cada cual, en la intimidad resonante del lector. No estamos considerando el texto mediado por la voz ajena o el intérprete externo, como sería el caso de aquellos que no pueden leer una partitura



escuchándola directamente del papel, sino que precisan un intérprete o un instrumento que medie. Aquí estamos hablando del texto que escucha el oído interno, del texto que se lee en lectura interior.

Alcanzamos de nuevo a Ricoeur y su texto sobre qué es el texto. – ¿Podríamos pensar ahora el discurso como una ordenación cuya estructuración no depende de su escritura?- En el segundo párrafo dice: *la escritura como institución es posterior al habla*. No hay que perder de vista ese *como institución*. Si esto es así, que el habla es lo originario, es lógico considerar en principio la escritura como la fijación del habla originaria en el texto. La locura reside de todas formas en lo siguiente, en querer atrapar el sonido, en querer ver lo que suena, no hay que olvidar que esto es casi de locos, aunque ahora nos parezca tan normal. Y la segunda locura consiste en pretender hacerse entender a través de unos sonidos concretos, esto también es de locos, y desde luego, no lo hemos conseguido aún del todo, y es más, parece que justo en esa imposibilidad reside la esencia del lenguaje. Pero no nos desviemos. *Como institución*, como fijación cultural, como corpus definido, parece lógico pensar que primero hablamos y luego consideramos la opción de perpetuar el habla, aunque sólo sea por liberar a la memoria de ese peso del recordar lo que se dice. Pero quizá sólo *como institución* sea la escritura posterior al habla. La hipótesis contraria. Los niños antes de apropiarse del habla tienen ante sí una cantidad ingente de textos y sonidos a los que tienen que ir *colocándole* habla, imágenes o secuencias de imágenes, a modo de texto fílmico mudo o secuencia fotográfica a la que deben *colocarle* lenguaje, una cantidad ingente de sonidos que reciben y a los que deben comenzar a responder. Así, aunque poseemos diversas formas de texto, nos encontramos con lo que comenzábamos diciendo, que es el texto elaborado con palabras el único que nos *garantiza* una comunicación, - que no necesariamente significación-, aunque se trate de una comunicación repleta de fisuras y carencias.

Hasta aquí, entonces, una idea de texto como fijación escrita del habla que posibilita su conservación. En este caso, la escritura no añade nada, se trata de *un discurso que podríamos haber pronunciado, pero que se escribe, precisamente, porque no lo hemos hecho*. Aunque esto no es así. Recordemos las lecciones de los retóricos de la antigüedad, cuando se fijaba en la escritura el texto que sí se pronunciaría en público. Tampoco sería así en el caso de la transcripción de un discurso o un seminario. De lo que se trata aquí es que no decido escribir, sino que aquel cierto texto debe ser escrito para que sea texto y no habla o discurso. Hemos dicho antes que la música tiene sus textos. La característica fundamental que tiene la mal llamada *música clásica*, o la peor llamada *música culta*, o la que debería llamarse *música (occidental) de tradición escrita*, es precisamente ese rasgo de ser música escrita. La música inscrita en esta tradición, ya sea Monteverdi, ya sea Shostakovich, ya sea Schönberg, -todos pertenecen a la misma y única tradición de *música escrita*-, es que la música así concebida, depende absolutamente del hecho de su escritura. Esa música nace con la escritura. Su construcción, su estructura, su *pensamiento*, está imbricado de forma inseparable con su forma escrita, con su ser como texto. De la misma manera, el texto formado con palabras al que aquí nos referimos, es un texto no como mera fijación o soporte del habla, sino un texto que nace como tal, una escritura absolutamente inseparable de su ser escrito. Por lo tanto, nos referimos aquí a un texto para el oído interno. Una nota de la compra no es un texto, aunque puede serlo. Un *post-it* recordando fregar los platos no es un texto, aunque pueda serlo. La factura del taller del coche no es un texto, aunque pueda serlo. Un ejemplo, una lista con todas las víctimas de la violencia de género en cierto estado de México sacada del archivo policial, no es un texto. Pero esa misma lista, incluida como lo está en la novela de Bolaño *2666*, se convierte en un texto. Queda claro que no nos referimos al texto como arte de las bellas letras ni cosa alguna semejante, sino a la intención estructural de construir un texto. Yo, escribo un texto, y ese texto me pide. No obedezco un canon, ni obedezco un método, ni obedezco reglas estilísticas. No hay ninguna autoridad por encima del texto que escribo. Pero



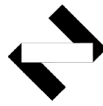
no se confundan, no soy en absoluto libre para escribir lo que quiera y como quiera. El texto pide. Obedezco el camino que el texto va trazando a medida que se escribe. El texto no sólo es fijación de escritura, es fijación de su propio movimiento al escribirse. De ahí que se diga en ocasiones, es como si el texto no lo hubiese escrito yo. Es verdad, pero no significa que lo haya escrito Dios, ni las musas, esto sería demasiado fácil, y por fortuna, sabemos que los dioses no precisan de la escritura. La sensación de escribir un texto que parece que no hubiese escrito yo no reside en que lo haya escrito alguien diferente de mí mismo, sino de que he obedecido a lo que el propio texto pedía al replegarse, al irse colocando sobre su escritura, al ir haciéndose texto. Soy, en todo caso, *médium* del propio texto. Y por ello, el texto no se planifica, se realiza.

Ahora, podríamos recordar la división que hace **Gadamer** <sup>(2)</sup> entre lo que serían dos tipos de texto. Por un lado, esa fijación del habla, o lo que podría ser la fijación escrita de una conversación, un escribir por si la memoria falla, al que llama *texto protocolario*. Y frente a éste, el *texto eminente*, que sería el que se sostiene sobre sí mismo. Aquí Gadamer habla de literatura como lucha contra la transitoriedad, como si el texto *eminente* tuviese vocación de permanencia. Sólo basta recordar la petición de Kafka a Max Brod, para caer en la cuenta de que un texto para ser *eminente*, puede no tener aspiraciones tan longevas. Por supuesto, una cosa es la “intención” del texto, y otra la de su autor. Lo único que deseo señalar, es que el texto *eminente*, lo es ya desde su propio hacerse, desde su misma construcción, independientemente de que forme o no parte de un *corpus* llamado literatura o de que nada más estar ahí arda en la pira levantada por los bomberos pirómanos de la novela de Bradbury. Por otro lado, cuando Gadamer habla de poesía como palabra *diciente*, como el poema como texto eminente, hay que entenderlo quizá en sentido contrario. No es que la poesía sea texto eminente, sino que todo texto eminente es poesía. Por supuesto, no se trata de la rima ni de la forma más o menos poética de manual lo que confiere poesía o eminencia al texto. Pondremos algún ejemplo. Aunque Gustavo Adolfo Bécquer escriba en forma poética, no vamos a defender aquí que su poesía sea un texto eminente, que su decir sea un decir poético en ese sentido de palabra *diciente*, de texto que se sostiene en sí mismo. Aquí defendemos, y por supuesto que a algunos les parecerá indefendible, que textos poéticos, eminentes, literarios, que se sostienen a sí mismos, son por ejemplo textos de Sade, de Bataille, y de muchísimos otros que por supuesto están escritos en prosa. No en prosa poética. Lo único que decimos es que se trata de textos, de que *eso*, *La sentencia de muerte* de Blanchot, que nos ocupa, es un texto. Desde luego no como fijación del habla, desde luego no como recurso mnemotécnico, desde luego, no para ser recitado ni siquiera quizás ser leído en viva voz. Es un texto para el oído interno, para albergar el vacío de cráneo. Su escritura nace de su mismo escribirse, su relato obedece a su propia inscripción en ser ese texto, ése y no cualquier otro.

Por supuesto, esta idea de texto afecta a su lectura, a qué hemos de esperar de su lectura. Por supuesto, un texto no se lee para ser comprendido. Un texto no se escribe para explicar nada. El deseo de texto no se anula con la escritura de un texto. La sed y el hambre de texto no se sacia con la lectura de un texto. Después de un texto siempre viene otro. Y un texto siempre viene ya precedido de otro. No hay primera lectura.

Cuando Gadamer habla de texto eminente, no descuida que *eminente* viene de la voz latina *minae*, del saliente del muro o la pared, de la amenaza de desgarro. El texto está siempre abriendo, el texto desteje el tejido, la piel, la superficie de lo escrito. El significado y el significante son indisolubles. Explicar es ya escribir otro texto, decir otra cosa. No es que esto sea ilegítimo, muy al contrario. Todo texto remite a otro. Los textos se aman, -o se odian-, los unos a los otros. Se trata de una red, una tela de araña, una maraña, un laberinto, un bosque. Un camino cortado no es un camino.

No hay que decir que nos adentramos en el texto de placer y el texto de gozo de **Barthes**. <sup>(3)</sup> Que

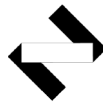


nos adentramos en la diseminación y en la pluralidad. No hay que confundir. Blanchot, Bataille, Nietzsche, Cervantes, Diderot, Kundera, Kafka, etc., no pertenecen a diferentes tradiciones, sino a una única tradición, a la tradición del texto. No hay que confundir. La tradición, la recepción de la herencia, no supone repetir y calcar las formas que se reciben, todo lo contrario. El que recibe una herencia vuelve a arriesgar el patrimonio que hereda, vuelve a exponer y a poner en juego los bienes, no se limita a vivir de rentas. No hay heredero más desagradecido que el que deja la herencia tal y como está. La tradición no es continuismo. Es por el amor hacia los textos que recibo por el que los reactivo, los reanimo, los trago, para hacer como que doy a luz diferentes textos cuando en realidad pongo en juego lo mismo sin que por ello tenga que ser igual. Nadie hace nada solo, nada escribe de la nada. Se debe diferenciar dos usos de la palabra *principio*. Como principio diacrónico, como *start*, mi texto tiene un comienzo, diferenciado de los textos que le preceden. Como *principio* sincrónico, como *archê*, como aquello que siempre se está dando y hace que el texto sea lo que es, todos los textos son uno, o a todos los mueve un idéntico motor.

Desde este punto de vista, podemos decir ahora que nos encontramos ante un texto, que leemos un texto, que escribimos un texto. Con este uso más o menos marcado de *texto*, el escribir, leer, entender, criticar un texto, toman también, otras *marcas*. Conviene, no obstante, al preguntarse *qué es un texto*, tener en cuenta la advertencia de Derrida al respecto de tal pregunta, ese componente convencional y acuerdo para salir del paso, que es inextirpable de preguntas así.

Leemos *L'arrêt de mort* de Blanchot; entendiendo que no hay lectura pasiva, que el leer que se limita a la reproducción sonora o mental de lo escrito no es lectura, porque toda lectura implica de alguna manera reescritura del texto que se va leyendo, traducción, significación. Toda lectura es ampliación del texto que se lee. También reducción. Pero tomemos lo escrito por Derrida,<sup>(4)</sup> no como sustituto del texto, ni como explicación del texto, no hay texto alguno que supla de leer al texto sobre el que escribe, tomemos el texto de **Derrida** como ampliación del campo de batalla. Por supuesto, no se trata de repetir aquí lo que se dice allí, el jugar a hacer pasar el discurso de otro como propio es aburrido para todos, no da lugar nunca a un texto, - aunque resulta paradójico que la mayoría de *libros de texto* así llamados, se construyan así, tomando el discurso de otros, o lo que es por, resumiéndolo, sintetizándolo, realizando una insípida amalgama enciclopédica que bien podría ser una de las razones por las que casi nunca se aprende nada de un *libro de texto*-, tan solo señalar que Derrida invita a la no traducción del título y en concreto del término *arrêt*. Porque ya el título impide fijarle un sentido cerrado. Porque *L'arrêt de mort* implica tanto la condena como la suspensión de muerte. Podríamos leer aquí, - y en esto no seguimos ya a Derrida-, un principio *contraprogramático* de lo que podría ser la obra entera de Blanchot. Porque de alguna manera, cerrar el texto, darle *sentencia*, sería sentenciarlo, hacerlo prescindible. Si hemos abierto el cofre del tesoro, para qué recordar la clave-texto que ha posibilitado su apertura. Lo que ocurre es que el texto no es la clave de nada, no es la llave para acceder a tesoro oculto alguno. Así que si no *suspendo* el significado, *condeno* a muerte al texto. Por supuesto, esta *suspensión* no implica el estar eternamente colgado del aire, sino un entrar y salir. Tal y como manifiesta Derrida, *ningún contexto es saturable*. No hay significado privilegiado. Lo *perenne*, en todo caso, es la pregunta, nunca la respuesta.

Es como si el texto se representase en el mismo personaje femenino que se niega a morir dentro de ese texto, y como si el texto se negase a morir ya del todo de una vez. Así, la lectura, la reescritura, el significado del texto es ampliación significante, dispersión, diseminación, nunca cierre, nunca dogma. Si vemos con **Heidegger** cierta identidad entre el pensamiento y la escritura, y recordamos su conferencia acerca de qué significa pensar, y su definición de pensar como el ir hacia aquello que realmente merece ser pensado y lo conectamos al *legein* del separar de la cosecha aquello que merece ser separado, del tomar no como simple amontonamiento, la lectura que lee el texto, se



convierte en el camino por el que se hace caminar la letra y el pensar, como si en la lectura se diese ese ir pensándose como intento de pensar aquello que merece ser pensado, como el pensar que como punto de partida piensa la imposibilidad de pensar. Si hubiese un significado que cerrase el texto, que lo supliese, el texto no tendría ya razón de ser, no estaríamos ante un texto *eminente*, consistente y existente por sí mismo, sino que estaríamos no ante un texto, sino ante una simple escritura o clave que nos diese la solución a alguna otra cosa. Entonces, ¿por qué hacerle perder el tiempo a los lectores?, ¿por qué no decir ya aquello que se tiene que decir? Quizá porque no hay nada que decir que no sea el propio texto que se dice. Si, siguiendo a Heidegger, <sup>(5)</sup> pensásemos (realmente), no habría nada que pensar, no habría que ir hacia aquello que verdaderamente merece ser pensado porque aquello que merece ser pensado sería ya lo que pensamos. Si toda la cosecha fuese buena, nos valdría con el simple amontonamiento, no habría nada que separar, nada que escoger, no habría *legein*, ni *logos*.

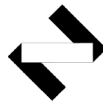
En cuanto a la propuesta de Derrida de no traducir el *arrêt*, pensemos en ciertas palabras clave que hemos heredado de la filosofía griega. Si decimos que *logos* es razón, si decimos que *pólis* es ciudad, si decimos que *archê* es principio, no sólo no estamos diciendo toda la verdad acerca de esas palabras, sino que estamos mintiendo, es decir, no sólo no decimos nada, sino que decimos menos que nada. Cuando uno dice o lee *lógos*, *pólis*, *archê*, no le viene a la cabeza otra palabra que pueda funcionar como sinónimo más o menos adecuado, sino una serie de puntos dislocados por un plano que se pueden conectar de muy diversas formas; viene a la cabeza una red, todo un sistema de posibles ensamblajes, no un concepto, sino un marco conceptual. Es por eso por lo que ciertas palabras no se traducen, para no acotar el terreno, para no ejercer de agrimensor torpe. Porque ciertas palabras son un vivero, o una reserva donde se puede ir de la caza y regresar cada vez con diferentes piezas en el morral.

Así, *L'arrêt de mort*, no es *La sentencia de muerte*, ni tampoco *La suspensión de muerte*, sino el *arrêt* como ese doble haz de condena que suspende, de condena suspendida, o de suspensión de la condena. Así, cuando en el texto ella le señala a él y le dice a la enfermera que ahí tiene a la muerte, él aún vivo, está suspendido ya sobre la muerte, como si la vida no fuese otra cosa que tensión, que condena, que futuro ir hacia lo que ahora está en suspenso. De alguna manera, todo texto es la suspensión de otro texto.

Ahora que hemos marcado algo qué queremos decir con *texto*, planteamos la pregunta,

### ¿Qué es leer?

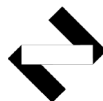
Entendiendo que se trata de la lectura de ese texto del que hemos hablado, y atendiendo también a la posible lectura que el “relato” de Blanchot nos plantea. Tomamos un libro como guía: *Qué es leer*, de Paco Vidarte. <sup>(6)</sup> Como libro guía, y no como libro de texto. Como alumbrado hacia otras rutas. La guía no dispensa de la visita. Uno no conoce París por el hecho de leerse una guía de París. Uno no conoce París aun cuando visite París una, dos, tres veces. Juguemos con otro posible título: Qué significa “leer”. Qué queremos decir cuando decimos leer, qué implica leer y cuándo se lee a diferencia de pronunciar sonidos o seguir una cadena gráfica. De qué se trata leer si no es sólo colocar una palabra tras otra al igual que el *legein* no es mero amontonamiento sino la cosecha que separa aquello que merece separarse de aquello otro que se desecha. Pero por otro lado: que “significa” leer. Que revela el leer, que significados nos desvela. A qué remite.



Ya de entrada, el texto que aquí utilizamos como guía, divide dentro de esa *comunidad invisible* a la que estamos únicamente ligados por el texto, la idea de una lectura como *versammlung*, como reunión o acuerdo o diálogo, que contaría con tan ilustres exponentes como Heidegger, Gadamer, o Ricoeur; y por otro, la idea de lectura como *adikia*, como multiplicidad, diseminación, desquicio, expuesta entre otros por Barthes, Deleuze y Derrida. Recordemos no obstante esa doblez del *legein* del *logos*, que reúne y separa. Porque para separar hay que separar aquello que está reunido. No se separa lo separado. Y para reunir, hay que traer lo separado. Hay en todo esto un doble movimiento perpetuo entre el separar y el juntar, entre el amontonamiento y la criba, entre el encaje y el desquicie. El umbral es doble, de entrada, de salida. La puerta por la que abandonamos la casa es la misma por la que regresamos, - a no ser que saltamos por la ventana. Al igual que la escritura es presencia y ausencia, al igual que la misma escritura y el lenguaje mismo convoca a la vez que impide la presencia de aquello que convoca. No hay aquí ninguna contradicción *lógica*, ningún absurdo que demuestre por negación de uno de los pares la verdad del otro. Hay recogimiento y desquicie, hay presencia y ausencia.

Comencemos con la *versammlung*, con la terna Heidegger-Gadamer-Ricoeur.

La lectura, en **Heidegger**, no es un vehículo del pensar, sino el pensar mismo. No hace falta recordar lo que dice al respecto de qué significa pensar en sus lecciones. Lo primero que pensamos es por qué no somos capaces de pensar, porque el pensar va hacia aquello que merece ser pensado, la parte de la cosecha que merece ser separada, reunida aparte, diferenciada del simple amontonamiento. Pensar como movimiento infinito de un ser finito. La trascendencia no está en el concepto que se piensa, sino en el plano sobre el que se mueve el pensar. Si el pensamiento pensase, no habría necesidad de buscar eso que merece ser pensado, sino que eso que merece ser pensado estaría ya en ese pensar cerrado y clausurado para siempre. Quién puede creer entonces que el pensar pueda agotarse en aquello que piensa. Al igual que la escritura no se agota en el escribir, ni la lectura se agota en el leer. El texto no agota, sino que abre la puerta a otros textos. También, por supuesto, la cierra a otros. De lo que aquí se trata, es del hacerse responsable de la propia lectura, del propio pensar. No sirve con lo pre-masticado, con lo pre-concebido, en este sentido decíamos antes que el llamado libro de texto nunca dice nada, miente más que habla. El “relato” de Blanchot que nos ocupa, impide toda precomprensión. No da lo que *se espera* de un relato, no da lo que *se espera* de un ensayo. No da lo que *se espera*, es decir, no se deja leer mientras se duerme, no se deja escuchar como música ambiental. Quizá se podría acudir aquí al *heiben*, como esa llamada que convoca a venir, el gozo que invita a entrar en él. No se piensa mientras se goza. La incapacidad del europeo para ver aquello que no se ve lo ejemplifica Heidegger al hablar del Teatro No, con su escenario vacío, su recogimiento. “Hacer ver” es lo que pretendía también Conrad en sus novelas. Pero no se trata de ver imágenes, de ver representaciones, de leer como quien visiona un filme. Se trata de ver lo que no se ve, de ver la ausencia. Esto es el texto de Blanchot, quizá todo texto. Leer-ver la ausencia de esa presencia que la escritura convoca en su misma desaparición. En ese leer el texto, quedamos preñados. (*Austragen*, utiliza Heidegger). No hay primera lectura, estamos preñados de texto. Los textos sin palabras están también contaminados por los textos de palabras. Texto alimento. No se sale de un texto tal como se entra, aunque esta transformación sea acaso imperceptible. Si se sale igual que se entra, no se ha entrado en un texto, o bien, uno no ha leído. El mismo texto no es tampoco nunca el mismo texto. Aquí el *übermensch* nietzscheano que sufre el eterno retorno, ese instante que vuelve, siempre el mismo: como no se trata de la repetición de lo mismo en diferentes instantes sino del mismo instante, qué puede hacer el pobre *übermensch* para no caer en el determinismo nihilista con que le amenaza el eterno retorno del círculo. Digamos que preñarse de texto, leer, para que a



cada retorno la óptica sea al menos distinta. Imaginemos que estamos condenados a dar vueltas a una plaza de toros, o a una pista de circo. Bien, al menos entonces, que cada vuelta podamos darla a una diferente altura, tener al menos una óptica diferente de ese instante que se repite. Si el propio Nietzsche admite que lo peor del eterno retorno es que su madre y su hermana volverán a llamar a la puerta, que al menos, si la primera vez esa llamada nos molesta o nos enfada, que a la segunda ni nos conmueva, o que con cierta distancia irónica incluso nos agrade. También utiliza Heidegger *gebären*, como parir, y *gebärde* como gesto. Así, el texto parece gestos, alumbra señales, nos hace señas (*winken*). El texto alumbra sin marcar el surco, propone un hilo suave que seguir (*leitfaden*). Podemos encontrar palabras clave, o palabras conductoras (*leitworte*), por supuesto, en el texto de Blanchot, una palabra conductora es *arrêt*; otra, *mort*. (¡Qué cercano de *mot*!). Pero esas palabras no dejan de constituir un enigma. El lenguaje no se reduce a su función expresiva, lo que signifique ese leer, no puede ser dicho de una vez y para siempre con carácter unívoco y universal. Lo cual, no quiere decir que toda opinión o toda interpretación sirvan o tengan el mismo valor o interés. El que más sabe, como siempre, dice mejor, dice más. Pero este saber no se mide con metros o litros ni es posible llevarlo a una escala numérica. El número exacto de la matemática es en este caso mera aproximación.

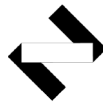
Cuando Heidegger se pregunta qué significa leer, responde con toda coherencia, lo mismo que ya se había respondido en relación a qué significa pensar. Estamos siempre en el ámbito del *Lesenswert*, de lo digno de ser pensado. Vamos siempre hacia aquello que ya se ha echado a andar. En este sentido, la escritura es la ruta del pensamiento, nos lo muestra ese desplazamiento de letras y palabras. La lectura no es método ni cálculo. Se aprende a leer leyendo, a escribir escribiendo, a pensar pensando. No hay sustituto que no sea placebo. El camino es lo que nos permite llegar a lo que nos llama. El método, en un sentido muy restrictivo y automático, es degeneración del camino. Heidegger se refiere a *Wëgan*, trazar surcos. Hemos hablado ya del *deliro* latino como el caminar fuera del surco marcado. Hay una llamada a la reunión por la llamada de esos gestos que alumbra el texto. Vamos tragando texto y nos vamos preñando de texto. Como si tragásemos la tierra del sendero por el que caminamos. Aún así, nuestra máquina de tragar incorpora un filtro, o mejor un muro que filtra. Muro a modo de defensa, de contención. Pero muro poroso que deje entrar lo que merece tener entrada.

El texto de Blanchot no se resuelve. Un texto no se resuelve, no es una operación de cálculo. El lector no es un policía del texto, no es su interrogador, no ejerce violencia sobre él, sino que se siente reclamado por aquello que el texto tiene que decir, por aquello que el texto calla. El auténtico leer que Heidegger considera como la reunión de aquello que, sin saberlo, una vez llamó ya nuestra presencia. Por eso ese camino es un avanzar regresando. Tomamos el *obaudire*<sup>(7)</sup> latino como el obedecer aquello que nos reclama. No un obedecer acrítico o servil, sino un obedecer como respuesta al eco de la llamada, como el ir hacia la ausencia de esa presencia que la escritura no deja de desplazar. Deseo sólo lo que me gusta, me gusta sólo lo que me desea. *Obedecer lo que obedece*.

Recordar el texto de Heráclito sobre la puerta de la cabaña de Heidegger, la referencia al rayo (*blitz*) que desvela y vela al tiempo. El pensamiento es una corriente infinita que la escritura pretende detener, al precio de su constante desplazamiento. El pensamiento no se deja cazar. Se pone a tiro, pero no se apresa. Acomodar el ojo al rayo. Aprender a conseguir una cierta visión. Se aprende a ver, se aprende a leer, por eso no toda lectura vale lo mismo, por eso no toda interpretación tiene el mismo peso.

Pero el umbral es el mismo lugar para la unión y el desgarró. La *sammlung* y la *adikía* forman una constelación que se concilia en su oposición. La bisagra abre y cierra. La misma puerta permite e impide el paso. La misma puerta para entrar que para salir. Nos encontramos en el texto, en el





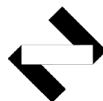
desgarro de esa diferencia, de esa apertura que cierra, o de esa cerradura que abre.

*Ort* como lugar, punta de lanza que pasa a ser punta de la lengua. El filme de Dreyer, *Ordet*, - palabra-. Transformación del lugar (*ort*) por medio de la palabra (*ordet*). En el mismo filme de Dreyer se le devuelve la vida a una muerta a través de la palabra. Se le devuelve el lugar, el *ort*, gracias al *ordet*. Al igual que él, en el texto de Blanchot, le devuelve a ella la vida con su simple llamada. Él, al que ella había señalado como muerte, le concede a ella la vida por segunda vez. También en *Dolorosa indiferencia* de Sokurov, alguien llama al muerto para que se levante y ande, aunque en este caso sea una mujer la que hace la llamada a un hombre y le devuelve la vida. Y qué hay de extraño en esto, nada.

Lectura como lazo que desenlaza. Como recogimiento. El texto llama al recogimiento. El “relato” de Blanchot permite la lectura de su propio recogimiento. Es Penélope, que teje y desteje, la que crea el texto de la Odisea y no es Odiseo -él mismo se lo confiesa al cíclope, él mismo reconoce que su nombre es *Nadie*-, él es en todo caso el lector del texto que teje y desteje Penélope. No hace falta decir que tampoco es Homero el autor del texto; quién es Homero, también nadie; un mero nombre que firma un título, -¡maldito fetichismo del nombre!-.

Vayamos ahora con la parte de **Gadamer**. Su ya famosa sentencia: *el ser que puede ser comprendido es lenguaje*. Lo hemos dicho antes. Que todo lo que leemos es texto. No podemos decir ni decirnos nada que no sea a través del lenguaje. Esto no es decir que el lenguaje es todo o es lo único, simplemente estamos diciendo una obviedad que en ocasiones se olvida. Decimos sólo a través del lenguaje que nos hemos dado para decir a través de su mediación. Ni siquiera en la ciencia se da un acceso inmediato al fenómeno o a lo fáctico. Todo acceso es mediado. De lo que aquí estamos tratando quizá todo este tiempo, es de ese medio, o de eso que media. Así, siguiendo con lo que dice Gadamer, toda comprensión es interpretación, *interpretar no es otra cosa que leer*. El que lee, interpreta, esto no quiere decir que todo acto de leer responda a una crítica de aquello que se lee, que leer sea inmediatamente lectura crítica en sentido fuerte. Pero sí lo es en un sentido débil, en un sentido no del todo consciente. El lector, al leer, crea en su lectura un texto paralelo al texto que lee. Porque cambiamos la velocidad de lectura, porque no leemos todo con la misma intensidad, porque recordamos sólo parte de lo leído que vamos dejando atrás, porque ciertas palabras o frases nos sirven de llaves con las que abrir las siguientes páginas. Igual que ver un paisaje es seleccionar, roturar, enmarcar el espacio, porque un paisaje nunca es algo natural, leer implica selección, criba, escoger de aquello que ha sido merecido ser escrito lo merecido de ser llevado hacia delante en la lectura que transcurre dejando atrás casi todo lo que lee.

Hay concepción fundamental en Gadamer que no podemos obviar, la del lenguaje como diálogo o conversación. Gadamer *lee* como diálogo el monólogo que proponía Heidegger. Desde un ángulo, el monólogo es diálogo con uno mismo; pero desde otro, el diálogo también es un monólogo encubierto. Lo importante aquí es señalar que Gadamer, frente a la deconstrucción, apuesta por la dialéctica. Aunque decirlo así suena ya de entrada demasiado bruto, demasiado falso, como si hablásemos de apostar a los caballos o comprar un décimo de lotería. Caemos constantemente en nuestra irresistible lógica binaria, en el dualismo del que no somos capaces de sacar cabeza. Se entiende entonces que para Gadamer, o para él en algún momento dado en el transcurso de su pensamiento, leer sea dialogar con el texto. Aunque ese diálogo se produzca más bien en uno mismo, en el vacío de cráneo de cada cual. Hay en la lectura una tentativa de entendimiento, ¿la hay?, ¿en toda lectura? Quizá no haya que entender ese *entendimiento* como algo modelado por el paradigma científico o lógico, quizá no *entender* cómo funciona, ni *entender* cómo sacar a luz un significado que el texto oculta, - insisto, ¿por qué el texto ha de querer ocultar nada?, quizá el texto está diciendo



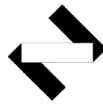
lo que está diciendo, quizá Nietzsche dice que el mismo instante repetido va a volver una y otra vez, y nada más que eso, no que este retorno sea una metáfora o una imagen para cualquier otra cosa-, sino más que entender, *entenderse* con el texto, intuir lo que se puede esperar de él, por qué nos llama, cómo corresponderle. Que la dialéctica conduzca inevitablemente al acuerdo es algo que resulta más que problemático. Recordar la *teoría comunicativa* de Habermas y Apel, <sup>(8)</sup> ese paso del *yo* como sujeto trascendental que opera con el imperativo categórico kantiano al *nosotros* como comunidad (trascendente) que ha de llegar al acuerdo no meramente contractual ni al que se llega por agotamiento y el problema que este acuerdo supone para un inevitable resto de *decisionismo* individual al que se le debería siempre y en todo caso su más que legítimo derecho a la disidencia sin por ello verse de inmediato convertido en paria, para comprender lo problemático que puede llegar a resultar entender la lectura como dialéctica y la dialéctica como acuerdo. Otra cosa es que aceptemos que ninguna conversación concluye hasta que se llega a un acuerdo real, y como no hay conversación que concluya, sino que estamos siempre en una *conversación infinita* donde cada vez es más complicado localizar los segmentos que la delimitan, ese acuerdo sólo se puede contemplar como horizonte, lo que quiere decir que el *acuerdo final y real* no se producirá nunca. El *acuerdo real* en el mundo del texto, vendría a ser lo real para la ciencia, ambos funcionan como perspectiva que se desplaza y da un paso más allá a medida que nos acercamos. Un hombre que llega a su horizonte, que se queda por tanto sin perspectiva, sin nada por delante, es un hombre plano, si se quiere, *unidimensional* en el sentido propuesto por Marcuse.

Parece que Gadamer se niega a reconocer realidad extra-lingüística fuera del lenguaje. Esto no tendría por qué afectar a lo Real, ya que como venimos diciendo, lo Real, no dado en el lenguaje, es para nosotros lo Imposible. Que para nosotros no haya realidad no quiere decir que no haya más realidad que para la que nosotros hay.

La hermenéutica como *koiné*. Añoranza por el lenguaje común, por la lengua universal, por el griego helénico, por el latín de las universidades, por el lenguaje lógico, por la notación musical, un algo que entendamos todos en todas partes. Como ocurre en *El lector* de Pascal Quignard, que el lector desaparezca al final de todo el proceso; dejar que el texto hable, que recupere su habla. O acaso, como si el lector desapareciese, primero del mundo, segundo de sí mismo, *reconvertido* en su mismo oído interno. El esquizo podría decir: ¿soy yo, o soy el que me habla?

En el caso de Ricoeur, la lectura repiensa el *cogito*. No se trata de un acceso inmediato al *yo* como evidencia, – *Yo*, como única evidencia, dirá Descartes, ni más ni menos, y añade a Dios; ¿por miedo a ser excomulgado, quemado?, nunca lo sabremos-, sino que accedo a un *yo* mediado por la interpretación. Yo espejo, yo soy aquellos signos que me hacen ser yo. Sujeto como existente que descubro, - me descubro, te descubro, - por exégesis vital. La vida es un texto. (Kundera: quien no sabe leer un libro, no sabrá leer su propia vida.) Identidad narrativa: nos convertimos en lectores de nuestra propia vida.

Ricoeur se desplaza del paradigma dialógico propuesto por Gadamer. Escribir-leer, no es hablar-responder. Desde luego, ni se lee ni se escribe para responder ni para preguntar nada, aunque en ese escribir y leer nos podamos preguntar y responder, ni la pregunta ni la respuesta, ninguna pregunta ni ninguna respuesta cancelan el texto, ni por supuesto el *deseo* de texto. La escritura no es una terapia. Se puede escribir la locura, como dice Barthes acerca de Bataille, pero en todo caso, no se escribe porque se enloquezca, sino que en todo caso, (leamos Kafka), en caso de no escribir se enloquece. Como dice Bataille en el prefacio a *El azul del cielo*: para qué perder el tiempo con textos a los que su autor no se ha visto obligado, se entiende que no por razones que vayan más allá de la misma obligación interna o si se quiere paranoide. ¿Para qué perder el tiempo entonces con autores que



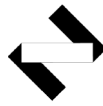
aunque no escriban no enloquecerán?

Leer es transferirse al *lugar*. El texto no representa, convoca una ausencia, así que el lugar es un no-lugar, no es desde luego una imagen o un escenario, ¿es entonces una preparación para la muerte?, ¿una suspensión de la condena? El *arrêt* podría ir sobre el lector, como condenado, como suspendido de sí mismo en la lectura, en la lectura en la que se va leyendo, narrando, construyendo a sí mismo, a los otros. Para Ricoeur, ni estructuralismo ni hermenéutica romántica, ni objetividad del texto ni subjetividad del que lee o escribe, sino una dialéctica que subsuma los contrarios.

Es el lector el que *crea* la estructura del texto. Al leer hago que emerja una estructura. El mismo texto puede revelar diferentes estructuras en distintas lecturas. El texto es inagotable. En su indigencia está su fuerza, también su riesgo, ya que cualquiera puede apropiarse del texto, manosearlo, manipularlo, pervertirlo, pero eso es algo que se ha de tener en cuenta más de lo que se tiene, que cada uno es responsable de su propio leer, a pesar de que me ampare en la institución de los nombres canónicos, en la autoridad de los *intocables*, lo que yo digo que dijo él, lo digo yo. Desde este punto de vista, considerar el texto como para siempre inconcluso, el *futuro modifica el pasado*. No sólo el presente, el presente que es ya pasado porque siempre queda atrás, - porque instantáneamente todo presente ha pasado-, no sólo el pasado más o menos presente condiciona mi futuro, sino que el propio futuro condiciona el pasado, porque los textos están siempre abiertos es posible rescatar los pasados no dados en ellos, aquello que se ha callado en los textos, no revelado, ya sea por motivos ideológicos o prácticos o por simple incapacidad o descuido o agotamiento.

frente a esta propuesta del leer que reúne o concilia, se opone en el texto que seguimos como guía de viaje, -que no como libro de texto que suple o que exime de la visita *en persona*-, el desquiciar, multiplicar, diseminar, la *adikía* del texto o el texto como *adikía*. Huelga decir que esta oposición no es disyuntiva, no se trata de elegir entre una u otra forma de leer, sino que disponemos de dos polos para caminar de uno a otro.

Si acabamos de ver que en Ricoeur, es la lectura la que hace emerger la estructura del texto, para **Roland Barthes**,<sup>(9)</sup> *la lectura hace pedazos la estructura*. Esto bien podría ser lo mismo. En todo caso, no es el texto el portador exclusivo de su propia estructura, sino que la lectura descubre la estructura posible de todas las posibles estructuras del texto. Incluso un mismo lector puede descubrir diferentes estructuras de un mismo texto en diversas lecturas. La pregunta podría ser, si el texto que se lee la segunda vez y descubre otra estructura, es el mismo texto. Desde este punto de vista, no hay relectura, que aunque suene paradójico, no es lo contrario a lo que antes se dijo acerca de que no hay primera lectura de un texto, porque ambos caminos, el de que no haya primera lectura, y el de que no haya más que constantemente primera lectura, llevan al mismo lugar, a que el texto está abierto, a la vez que todo texto es *intertexto*, a la vez que todo texto está enlazado, enmarañado con otros, viendo hacia otros o dándoles la espalda. La lectura, aunque analice el texto, *sabe* que el texto se resiste al análisis, al igual que en el texto de Blanchot se habla de la sangre que se resiste al análisis. Siguiendo a Foucault, las palabras también sangran, - si queremos, sangra la palabra eminente, la palabra viva-, por ello, Barthes propone frente al análisis, una lectura placentera, recuperar el *ocio aristocrático*, el tiempo para leer, el tiempo donde leer. *Leer es desear la obra*, y deseo mientras tomo. No se trata de una lectura de satisfacción, de la conclusión, de la lectura como medio hacia aquello que promete, porque no hay *nada que descifrar*. Más bien desenredamos. La escritura, la estructura que se crea al leer, se recorre, pero no se penetra. Y esto recuerda a algo en lo que Blanchot incide en varios de sus textos, en la *superficie*. No hay la violencia de perforar el texto. No hay secreto alguno que revelar.



Estamos ya en un espacio en el que la diferenciación entre escribir y leer o entre lectura y crítica, comienza a sonar falso.

El *análisis* que Barthes realiza del *Sarrasine* de Balzac en *S/Z*, propone una diseminación que anule toda jerarquía. De lo que se trata es de buscar códigos, que no asfixien, sino que abran. Recordemos las *palabras guía*. De lo que aquí se trata, no es de sintetizar, de ejercer la violencia precisa sobre el texto para que éste entre como sea en alguno de los moldes que manejamos. Si el texto pierde su diferencia, si el texto se lima, deja de ser ese texto. Imaginemos un león que se lime las uñas. La diferencia, es vida; en la muerte somos todos iguales.

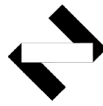
Ya lo vemos, frente a la *sammlung*, el recogimiento del texto, *étoiler*. En lugar de lavar los platos, estrellarlos contra el suelo. La lectura perversa del placer no rentabilizable, no útil, todo excedente, todo *potlach*, la pura pérdida, la felicidad inútil, *eudaimonia* sin telos específico. Admitir que la lectura no agota el texto, que el texto no determina la lectura. Siempre hay un resto de ilegibilidad. No método si el método castra. La ciencia de la literatura es la literatura. A escribir se aprende escribiendo, a leer leyendo.

**Deleuze y Guattari**, <sup>(10)</sup> oponen el lector esquizo al analista. El leer no busca significado tumbado en el diván, sino paseando, en esos pasos irreprimibles del esquizoide, del paranoico, del demente, del que *delira*. Frente al lector perverso, que obtiene placer sin quemarse los dedos, - aquí el *voyeur* de Bataille, ese mal siempre algo coqueto-, el lector esquizo da un paso más, no obvia la ley del texto sino que se enfrenta a ella, pretende hacerla añicos. Aquí el *Antiedipo*, el psicótico que se sacude el yugo, frente al neurótico incrustado en el orden y la ley. Recordar al protagonista masculino de *Él*, de Luis Buñuel, el verle en las primeras escenas ordenarlo todo con tanta obsesión presagia el desenlace.

Importante: *leer un texto nunca es un ejercicio erudito en busca de significados*; y agregamos, y mucho menos en busca de *sus* significados. De todas formas, no es el lector el que desquicia el texto, sino que el texto está ya desquiciado por su propia configuración, al igual que el lenguaje no termina nunca de decir del todo por su propia naturaleza. Volver a recordar el título del relato que nos ocupa, el *arrêt* que es condena y suspensión a un tiempo es ya desquicie, aquello que me condena y suspende a la vez la condena, como la escritura que al nombrar hace desaparecer aquello que nombra, que reclama la ausencia de aquello que presenta o de la presencia a la que simula remitir.

La lectura deconstructiva de **Derrida** es una lectura a través de lo oblicuo, del *loxos* de Tiresias en el *Edipo*, lo oblicuo referido al decir oracular que se sitúa en el *limes*, el límite-linde-frontera, gracias al *limus*, lo oblicuo-torcido-atravesado. Sin salir del texto, sin buscar afuera, ya que el propio texto como *campo de fuerzas*, porta su propia ruina, sus propias fisuras. La lectura deconstructiva comienza allí donde la ropa se abre, donde la pared se agrieta, donde la cortina se rasga, donde el telón junta y separa. Ya en *De la grammatología* se nos propone un desplazamiento hacia lo exorbitante del texto, como si mi leer produjese un texto contra el que choca, un texto contra-texto que ni duplica ni convierte en cualquier otra cosa el texto contra el que golpea. Un leer como luxando el oído interno, como utilizando la palanca o *mochlos* a modo de estaca de madera que desplaza el navío o abre o cierra la puerta. Recordar el filme de Bresson donde el *condenado a muerte* se ayuda de una cuchara para ir quebrando las láminas de madera de la puerta de la celda, con qué minuciosidad realiza la operación, muy poco a poco, en sigilo, recogiendo las briznas de madera que caen para no dejar pistas, sin hacer ruido. Podríamos decir que el condenado está *leyendo* la puerta, y con ella su huida.

Leer como cuestión de tono. *Ton*, como timbre, intensidad. No hay sonido puro, para escuchar



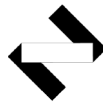
un sonido definido se precisa de una serie de armónicos que apenas distinguimos si no es en ese todo del sonido principal que escuchamos. El texto tiene también su timbre, las palabras tienen su tono, y detrás del tono los armónicos, la cohorte de fantasmas. Nuestro oído funciona así; para poder escuchar algo, al menos un tono, hemos de permanecer sordos a lo demás, a casi todo. También *tóvos*, como la tensión de la cuerda, como el *arretê*, la condena suspendida, o el suspenderse sobre la condena. La tensión busca la resolución. La lectura que busca un significado busca resolver, reunir, terminar en la *sammlung*. La lectura deconstructiva va allí donde el tono se rompe, hacia la *diaphorá*, la diferencia, la discrepancia. No hay un texto igual a otro. Ni siquiera la repetición palabra por palabra del *Quijote* del Menard de Borges es ya el *Quijote* de Cervantes.

La ley del texto es lo ilegible. Se trata de experimentar el límite, de llegar al sentido no accesible. No hay posibilidad de acceder al texto de forma directa, el texto no es un objeto factual, no es un dato empírico evidente que podamos medir, pesar. Al igual que la *physis* de Heráclito, la naturaleza del texto se oculta. No se trata de un secreto, no es una clave a descifrar, sino la posibilidad misma para que le lectura se produzca. Ilegible no como opuesto a legible. Ilegible como inaccesible. Si lo real nos es inaccesible, también la realidad del texto, o el texto como algo real se nos resiste. La lectura es resistencia que se resiste a lo que resiste en el texto.

### L'arrêt de mort

Tras este rodeo podemos ahora vincular ciertos conceptos con el texto que nos ocupa. Pero antes vamos a elaborar algo así como un mapa. Por supuesto, el mapa no es el territorio, éste se ha de caminar, sufrir y gozar con los propios pies. Ningún texto dispensar de leer el texto o los textos con los que se vincula, ningún texto resume o aclara o explica texto alguno. Lo que aquí se dice que dicen ellos, no lo dicen ellos, sino que somos nosotros los que estamos diciendo lo que ellos podrían decir o no. Poner sobre el tapete una serie de cartas, o de palabras clave, o de conceptos guía, no significa clasificar ni cerrar ni resumir lo que no se puede ni cerrar ni resumir ni clasificar. Aquello que se viene llamando filosofía comienza con el mapa de Anaximandro, con la intención de ponerlo todo a la vista, de tener todo el territorio, lo disponible, sobre un plano que pudiese ser observado a simple vista, de un vistazo. Ahora, el mapa:

	<i>neurosis</i>	HERMENÉUTICA-KOINÉ	<i>EDIPO</i>
	Dialéctica		<i>dialogica</i>
	Texto protocolario	romántica	
		mímesis	explicar
	Estructuralismo		POÉTICA
<i>Versammlung</i>	Texto clásico	la obra	el libro
		texto legible ( <i>lisible</i> )	régimen monosémico
	Libro raíz	producto	teoría de la lectura
	(árbol)		método



texto eminente

DECONSTRUCCIÓN

lexias                      código s                      minae                      luxación                      antiedipo                      diseminación

étoiler

texto de placer                      texto de gozo                      texto escribible

SISTEMA-RAICILLA                      FIELTRO                      RIZOMA                      (scriptible)

adikía                      Lo recibibile                      lo imposible                      MESETA

Régimen polisémico ----- asémico                      LECTOR PERVERSO

LOXOS-ORÁCULO                      palanca-mochlos                      palimpsesto

tono-timbre-textura

LO ILEGIBLE

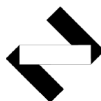
Como se aprecia, el mapa tiene más blanco que negro, más agua que tierra, más espacio inexplorado que descubierto. Vincular un texto al mapa es tener en cuenta también las zonas no marcadas aún en el mapa, vincular un texto con el mapa es un juego de envíos y reenvíos en ningún caso dogmáticos ni clausurados, es como jugar a trazar flechas de colores, como los pasatiempos que hace ya años se encontraban en algunos periódicos y revistas en los que había que seguir los cursos de flechas entrelazadas para adivinar que objetos de una línea se conectaban con los objetos o palabras de la otra línea separada por la selva de flechas; vincular un texto al mapa es ir abriéndose camino, quizá por un prado, quizá por una selva, quizá por una urbanización; vincular un texto al mapa no es colocarlo sobre el mapa, sino dejar que entre al territorio. Por supuesto, este juego no se puede hacer aquí, cada cual debería elaborar su mapa y establecer los vínculos con el texto que se proponga. Aquí podemos intentar nuestro juego no a modo de ejemplificar el juego, sino para que se nos observe jugar. Pero el juego corre a cargo de cada cual, cada uno ha de hacerse responsable de su propia partida, es la suerte de cada uno la que se mueve dentro del barrilete contra el que se batien los dados.

Sólo una advertencia por lo demás obvia, no hay texto ni lectura que éste en exclusiva de uno u otro lado, ni por supuesto, un mismo texto establecerá los mismos vínculos en diferentes lecturas. Todo depende de qué es lo que queremos ver, de qué lugares necesitamos o deseamos visitar. La búsqueda, como siempre, condiciona el viaje.

El *arrêt* abre el texto en dos, en suspensión y condena. Aunque el texto se muestre ya abierto en su misma disposición, porque hay una cesura entre un relato y el otro, sin saber muy bien si el segundo no podría haber ocurrido antes, o si no ocurrirán ambos a un tiempo. Sin saber cuál de los dos es la condena y cuál la suspensión, la condena a muerte y la suspensión de esa muerte, la vida. O quizá el segundo texto sea la *lectura crítica* del segundo, una *crítica* que se asume como texto en sí mismo. Al igual que ocurra quizá aquí mismo, en esto que escribimos, como si esta *parte* pudiese ser incluso previa a lo que antes se escribió, o su comentario, o quizá casi como broma, una interminable nota a pie de página.

La primera parte o el primer relato o aquello que se encuentra antes de la cesura gráfica comienza así:

*Estos sucesos me ocurrieron en 1938. Siento al hablar de ellos, una enorme desazón.*



*Varias veces ya, he intentado darles una forma escrita. Si he escrito libros, fue porque esperaba, mediante los libros, terminar con todo aquello. Si he escrito novelas, las novelas surgieron cuando las palabras empezaban a retroceder ante la verdad. Yo no le tengo miedo a la verdad. No temo confesar un secreto. Sin embargo las palabras, hasta ahora, han sido más débiles y más cautas de lo que me hubiera gustado. (Tomaremos siempre la traducción de Manuel Arranz. Pre-textos 2002)*

Esto es una lectura lineal, seguir las palabras que el texto propone. De esa lectura quizá guardemos alguna palabra o alguna frase. O quizá en el mismo instante de su lectura, alguna palabra o alguna frase se marque de forma especial, nos haga ralentizar o avanzar el ritmo de lectura, e incluso, aunque es poco probable, volver sobre nuestros pasos para releer aquello que nos sigue llamando. Si levanto la vista del párrafo puede ser que aún siga ahí que escribir libros no termina con todo aquello sino que el escribir libros o novelas surge cuando las palabras comienzan a retroceder ante la verdad. Que las palabras retrocedan ante la verdad no se trata del miedo a confesar un secreto, sino que las palabras son débiles para confesar secreto alguno.

El comienzo de la segunda parte o de la continuación del relato, si es que esa segunda parte no es la primera o se produce a un tiempo; o el otro relato, si se quiere independiente, comienza así:

*Continuaré esta historia, pero, a partir de ahora, tomaré algunas precauciones. Estas precauciones no están pensadas para correr un velo sobre la verdad. La verdad será dicha, todo lo que pasó de alguna importancia será dicho. Pero no todo ha pasado todavía.*

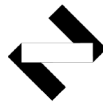
Este continuar esta historia, remite a la convención narrativa que sitúa esta parte como segunda del relato. Pero ese “continuaré” puede no referirse a la historia que acabamos de dejar atrás, puede tratarse de continuar una historia que no se ha dicho, o que se ha perdido en alguna parte, o una historia que forme parte de otro libro o de ningún libro y que quizá, se trata de la historia sin más del que habla.

Este comienzo contradice al primero, si bien en aquél la verdad no puede ser dicha porque la verdad retrocede ante las palabras, en éste, *la verdad será dicha, todo lo que paso de alguna importancia*. Y advierte que no ha pasado todavía. Así que este no ha pasado todavía, podría situar este segundo relato como el antecedente del primero, y quizá, de forma ingenua, se pretenda decir la verdad que ya el primero, cronológicamente segundo, se sabe indecible. O quizá, sencillamente, nos encontramos ante una de las contradicciones de Blanchot, una asunción de la imposibilidad de la reducción *per absurdum*, de la conjunción que se niega a sí misma, un dar por válido *a* y *no a*.

A diferencia de la música, el lenguaje escrito es lineal, no leemos dos textos a la vez. O aparentemente no, aunque al leer estemos siempre leyendo o creando textos paralelos al texto que leemos. Quizá, entonces, estos dos relatos o dos partes de un mimo relato, no sean contiguas, sino superpuestas. De la siguiente manera:

*Estos sucesos me ocurrieron en 1938. Siento al habar de ellos, una enorme desazón.  
Varias veces ya, he intentado darles una forma escrita. Si*

**Continuaré esta historia, pero, a partir de ahora, tomaré algunas precauciones. Estas precauciones no están pensadas para correr un velo sobre la**



*he escrito libros, fue porque esperaba, mediante los libros, terminar con todo aquello.  
Si he escrito novelas, las novelas surgieron cuando las*

**verdad. La verdad será dicha, todo lo que pasó de alguna importancia será dicho. Pero no todo ha pasado todavía.**

*palabras empezaban a retroceder ante la verdad. Yo no le tengo miedo a la verdad.  
No temo confesar un secreto. Sin embargo las palabras, hasta ahora, han sido más débiles y más cautas de lo que me hubiera gustado.*

O de la siguiente manera:

Continuaré esta historia, estos sucesos me ocurrieron a partir de ahora, en 1938. Tomaré algunas precauciones, siento al hablar una enorme desazón. Varias veces ya, a estas precauciones, he intentado darles una forma escrita. Estas precauciones no están pensadas porque esperaba correr un velo sobre todo aquello. Si he escrito novelas, la verdad será dicha, porque las novelas surgieron cuando la verdad. Todo lo que pasó de alguna importancia empezaba a retroceder ante la verdad. No temo confesar un secreto; será dicho. Sin embargo, las palabras no han pasado todavía. Todavía no han llegado, están en suspenso, condenadas.

### **El lector es el monstruo que delira**

No conviene diferenciar de forma tajante entre el que lee y el que escribe, aunque haya el que lee y nunca escribe y el que escribe y no le interesa leer. La diferencia entre leer y escribir no es de ningún modo tajante. El que escribe lee, no sólo aquello que escribe, sino que ha alimentado y alimenta el deseo de escritura, leyendo. El que escribe y no lee, termina no escribiendo, o escribiendo aquello que ya no puede ser recibido por lector alguno. El que lee escribe, no sólo el texto que repite en su oído interno o en su vacío de cráneo, sino los múltiples textos que se desgajan del texto que lee, los trozos de texto del mismo texto que va dejando atrás, las conexiones con otros textos, otras palabras, su propia voz muda sobre el texto.

El lector que escribe o el escritor que lee son uno.

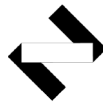
*El lector en el monstruo que delira.*

La voz latina que hemos tomado en castellano como *monstruo* designaba al hijo que no obedecía la patria potestad del padre. El monstruo es el hijo que no obedece (obaudire)<sup>(11)</sup> al padre, el hijo que no se deja llevar por su voz. El *pater familias* romano es la ley, si se quiere la ley del texto. Pero el monstruo, se reconoce aún así hijo, aunque hijo de alguien al que no obedece, de una voz que no acata. Como hijo, no es discontinuidad total, sino que forma parte de la filiación que lo engendra, aunque como monstruo no obedezca y se afilie a otras voces. El hijo hereda, pero maneja la herencia como el monstruo que desobedece.

*Deliro*, también del latín, como aquel que se sale del surco marcado en el campo. Delirar es abrir surcos en mitad del campo sin horadar.

Así, el lector, el que lee y el que escribe, es el monstruo que delira, el hijo que toma la herencia y busca para ella y sus pasos, caminos nuevos, los surcos que él mismo abre al caminar.





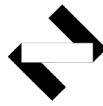
¿No es acaso como si esa voz que habla en *L'arrêt de mort* de Blanchot, como llegada de ninguna parte, como no portada por cuerpo alguno, que busca mujeres que no tienen nombre o que si lo tienen es como si no lo tuviesen porque todas parecen una misma mujer a la que la propia voz le otorga la vida diciéndoles un simple *ven?*, ¿no son esas calles ausentes de toda presencia, esos cuartos donde se entra como se entra en un lugar que no espera por uno, que no ofrece más que vacío, esas presencias en los cuartos que como sombras inesperadas acechan al que entra sin ser invitado?, ¿no es acaso la escritura de Blanchot aquí la escritura misma de la misma escritura?, ¿el texto que dice el texto? No que dice cómo dice el texto o explica o simula, sino escritura que dice su propio escribirse. No se está hablando de literatura, ni haciendo literatura, sino que la literatura se hace aquí a sí misma. En esa voz muda, en ese devolver a la vida a las muertas o a los muertos, en condenar y suspender al tiempo la condena, como si condenase al lector y lo suspendiese sobre la suspensión de su mismo leer, y como si ese leer fuese un mismo leerse de aquello que se lee. ¿No estamos acaso en el umbral donde se ordena y rotura el sentido? Él le da a ella la vida, en ambos relatos o en ambas partes del relato le devuelve a ella la vida. Hacia el final de la novela, o hacia el final del segundo relato, la escena donde él entra en el cuarto cegado y percibe su presencia, y como va, aún en medio de lo oscuro, hacia esa presencia todo sombra, camino de *la Cosa*. ¿Acaso no recuerda esto al capítulo perdido de *Los demonios* de Dostoievsky?, ¿al capítulo perdido y luego recuperado en el que el archimandrita ve al diablo?, ¿y acaso la escritura no convoca la ausencia de los presente y la presencia de los ausentes?, ¿acaso la escritura no es a fin de cuentas una suspensión eterna de la condena de muerte?, ¿acaso aquí no basta con decir <ven> para que todo esté ahí ya para siempre?

Si ya Derrida aboga en alguna de sus últimas conferencias por una universidad sin condiciones, <sup>(12)</sup> donde todo decir tenga cabida, sin limitación, no estaría de más no perder de vista lo dicho por él y añadir: sin condiciones, también, para el modo de decir, para la forma. Porque el problema no es tanto lo que se dice sino cómo se permite decirlo. Así, ampliar esa incondicionalidad a la propia transmisión de aquello que se dice, entonces, por una universidad sin condiciones para decir y para la forma de ese decir, que guíe, pero que no condicione, porque si desde las humanidades, o desde la filosofía, o desde la crítica, no somos capaces no ya de pretender decirlo todo sino de decirlo de todas las formas posibles, ¿para qué entonces estamos aquí diciendo nada? ↘

Vigo, Agosto de 2010

## Notas

- (1) ¿Qué es un texto? (*Historia y narratividad*). Paul Ricoeur.
- (2) En *Arte y verdad de la palabra*.
- (3) *El placer del texto*. Siglo XXI
- (4) *Sobrevivir*, en *Crítica y reconstrucción*. Siglo XXI
- (5) *¿Qué significa pensar?* Heidegger. Trotta
- (6) Consultar bibliografía
- (7) Un interesante desarrollo del *obaudire* en *El odio a la música* de Pascal Quignard
- (8) También en *Verdad y justificación*. Habermas.
- (9) *El placer del texto*. Roland Barthes
- (10) Ver su obra conjunta, *Rizoma*
- (11) Remitimos de nuevo a *El odio a la música* de Pascal Quignard
- (12) *Universidad sin condición*. Derrida. (ver biblio.)



## Bibliografía

- Barthes**, Roland. *El placer del texto*. Siglo XXI.
- Bataille**, Georges. *La oscuridad no miente*. Taurus.
- Blanchot**, Maurice. *La sentencia de muerte*. Pre-textos.
- Blanchot**, Maurice. *La conversación infinita*. Arena libros.
- Blanchot**, Maurice. *Escritos políticos*. Libros del zorzal.
- Blanchot**, Maurice. *El paso (no) más allá*. Paidós.
- Blanchot**, Maurice. *Una voz venida de otra parte*. Arena libros.
- Blanchot**, Maurice. *La amistad*. Trotta.
- Blanchot**, Maurice. *La parte del fuego*. Arena libros.
- Blanchot**, Maurice. *El libro por venir*. Trotta.
- Blanchot**, Maurice. *La comunidad inconfesable*. Arena libros.
- Blanchot**, Maurice. *Los intelectuales en cuestión*. Tecnos.
- Deleuze/Guattari**. *Rizoma*. Pre-textos.
- Derrida**, Jacques. *Sobrevivir. (Deconstrucción y crítica)*. Siglo XXI.
- Derrida**, Jacques. *Universidad sin condición*. Trotta.
- Foucault**, Michel. *El pensamiento del afuera*. Pre-textos.
- Gadamer**, Hans-Georg. *Arte y verdad de la palabra*. Paidós.
- Heidegger**, Martin. *¿Qué significa pensar?* Trotta.
- Lledó**, Emilio. *El silencio de la escritura*. Austral
- Ricoeur**, Paul. *Historia y narratividad*. Paidós.
- Todorov**, Tzvetan. *Los críticos escritores: Blanchot, Sartre, Barthes. (Crítica de la crítica)*. Paidós.
- Vidarte**, Paco. *¿Qué es leer? La invención del texto en filosofía*. Tirant lo blanch.